

# LA SIERRA DE ARACENA EN LA VIDA Y OBRA DE JOSÉ ANDRÉS VÁZQUEZ

*Joaquín Agudelo Herrero*

Licenciado en Geografía e Historia

A las diez de la mañana del día 3 de marzo de 1884 compareció, en el Registro Civil de Aracena, «Francisco Pérez Gutiérrez, natural de Estepona provincia de Málaga, mayor de edad, casado, Guardia Civil en el puesto de esta villa» quien lo efectuaba al objeto de proceder a inscribir el nacimiento de un sobrino suyo al «que habrá de ponerse por nombre José Andrés».

Asimismo, declaró que el niño había nacido el día anterior, 2 de marzo, «en la casa paterna, calle Ortega de esta dicha población a las once de la noche del día de ayer»; y que era «hijo legítimo de Juan Vázquez González y de Josefa Pérez Gutiérrez, aquel carpintero de oficio, natural de Cortegana de este partido judicial, provincia de Huelva y ella de la Palma de la misma Provincia domiciliados en esta villa. Nieto por línea paterna de Justo Vázquez, también carpintero, natural y domiciliado en dicha Cortegana y de la Antonia González; y por la materna del también finado Francisco Pérez Campos natural que fue de Escacena en la propia provincia y de Josefa Gutiérrez Franco», que era natural y vecina de Cortegana<sup>1</sup>.

Allí, en su pueblo natal, José Andrés Vázquez vivió en el seno de una familia de modestos artesanos carpinteros; realizó los estudios primarios a la par que trabajaba en el taller familiar; y completó su formación con frecuentes visitas a la biblioteca del Centro de Artesanos y a la casa del notario José María de Dios donde éste le dejaba leer sus libros<sup>2</sup>. De aquellos años, el propio Vázquez recordó en sus escritos innumerables anécdotas.

---

<sup>1</sup> Registro Civil de Aracena, partida literal de la inscripción de nacimiento de José Andrés Vázquez.

<sup>2</sup> José Andrés Vázquez: «Fruto en sazón» (pág. VII).

Así, nos contó que en la última semana de convalecencia del sarampión, denominado popularmente en la sierra aracenense *colorín*, fue llevado por sus hermanos «al teatro para que viese a unos aficionados del pueblo representar una parodia del *Don Juan Tenorio*, de Zorrilla». En dicha representación cierto personaje repetía incesantemente la frase «¡Yo quiero ser cómico!» que nuestro personaje aprendió de memoria y comenzó a repetir constantemente «en casa encaramado en un baúl; hasta que me caí, y obtuve del porrazo un chichón en la frente cuyo volumen redujo mi hermana Patrocinio, médica familiar de la grey menuda, aplicándole al bulto una moneda y un pañuelo empapado en vinagre aguado»<sup>3</sup>.

Más adelante, consiguió organizar una compañía con la que representaron «el audaz drama que escribí bajo el título *Virgen y Madre*, cuyo atroz asunto nos puso a todos, en el estreno, especialmente a mí, en el trance de ir a la cárcel; lo que pudo evitarse por nuestra corta edad y por no existir aun los Tribunales para la corrección de menores»<sup>4</sup>.

En un cuento titulado «El verdadero camino» evocó la primera vez que subió a la Peña de Arias Montano para visitar a Nuestra Señora de los Ángeles. Nos cuenta Vázquez que «fue con motivo de un cierto encogimiento de tendones que tuve a consecuencia del susto que me diera el tío Capullo, guarda por aquel entonces del pinar de Valdehelechosos, que me pilló en flagrante delito de hurtarle piñas en unión de otros chiquilicuatros de mi misma edad y de mi misma escuela, un día de pícaras rabonas»; añadiendo que aquello le estuvo bien empleado por holgazán y granuja y que ni pese a «los refregatorios con aceite de romero ni los espurreos de tía Petrola con aguardiente aguado», viendo que no mejoraba, decidió su padre encomendarle a la Reina de los Ángeles prometiendo llevarle dos velas de a libra si por su divina intercesión volvía mi desmedrada personilla a su verdadero ser echando de sí aquel agarrotamiento del pescuezo y aquellos nudos de los brazos, dolencias que me tenían entrambas hecho una algarroba marroquí.

Marchó nuestro personaje, acompañado por su madre, para Alájar «subidos en un borrico aparejado con las cómodas jamugas y, echando pie

<sup>3</sup> José Andrés Vázquez: «Romero junto a la ermita» (pág. 7).

<sup>4</sup> J. A. Vázquez: «Romero...» (pág. 8).

a tierra donde comienza la empinada cuesta de acceso a la Peña, subimos andando en penitencia, rezando avemarías y sudando el quilo». Cuando entraron en la ermita observaron la enorme cantidad de exvotos que había y rezaron ante la Reina de los Ángeles. Al salir de la iglesia, sentados en el pretil de la simbólica fuente inagotable que cantó Arias Montano, cuya agua tan especial José Andrés Vázquez bebía con deleite, había un viejo alajeño que le narró la tradición del advenimiento de la Virgen a la Peña, del origen de la breva que la imagen tenía en el brazo y de los agujeros de su nariz respingona<sup>5</sup>.

En otra ocasión publicó en *El Noticiero Sevillano* un artículo titulado «La Romería de Carboneras». En el mismo, recordaba la fiesta de la Encarnación que tenía lugar, a fines de marzo, en la «aldeita metida entre los imponentes encinares» de Carboneras.

Nos dice Vázquez que todos los años, cuando era niño, asistía a esta fiesta, por lo que «llegado el día 25 de marzo, saltaba de la cama al amanecer, cuando aparecía en el horizonte la línea blanca de la Aurora» y, andando se dirigía, por calles tortuosas y accidentadas de su natal Aracena, a la Puerta de la Plaza. Luego proseguía la caminata, a través del campo hasta llegar a Fuente-Herrumbre, donde bebía de su agua y después descansaba «echado de bruces sobre el salutífero manantial, unos buches de agua ferruginosa, no muy grata, pero sí muy sana».

Tras reanudar el camino llegaba «al sitio conocido por el *Salto del Cura*, sentía un invencible terror, y pasaba casi a gatas, pues el precipicio, por donde dicen que rodó un buen capellán de Carboneras, es como para poner espanto»; y tras el precipicio y cruzar «el arroyo por junto al molino, y ascender luego por la trabazón de las raíces del bosque de encinas» se llegaba a la aldea.

Después de la misa, salía la Virgen de la Encarnación, en andas, bajo un bello palio rojo; y al finalizar la procesión, concluye José Andrés Vázquez, se acentuaba en el pueblo «el olor de las cocinas; los chorizos, las *poleás* con miel, las hojuelas, los orejones»<sup>6</sup>.

<sup>5</sup> J. A. Vázquez: «Fruto...» (págs. 177-191).

<sup>6</sup> José Andrés Vázquez: «Artículos» (edición de Manuel Ruiz Lagos) (págs. 83-86). El artículo apareció publicado en *El Noticiero Sevillano* (29-III-1922).

En 1901, cuando contaba 17 años, se trasladó a vivir a Sevilla, buscando un mayor horizonte tanto profesional como cultural. Trabajó en tareas burocráticas y, por las noches, frecuentó las clases del Museo Provincial, las bibliotecas públicas y los cursos populares que se impartían en la Universidad.

En 1903, entró en el Cuerpo de Auxiliares de Artillería, en la Pirotecnia Militar, como administrativo, permaneciendo en este puesto hasta el año 1921.

Por aquellos años, el escritor serrano José Nogales fundó, en Sevilla, el 6 de enero de 1901, el diario *El Liberal*. La Empresa Editorial de España, presidida en Madrid por Miguel Moya Ojanguren era la propietaria que dirigía «un gran truts de periódicos, cuya información abarcaba todo el territorio nacional y que, en política, seguían una línea marcadamente afecta a los gobiernos conservadores, si bien cada uno de ellos gozaba de plena autonomía en el tratamiento de los temas locales y regionales»<sup>7</sup>.

Fue por entonces, cuando José Andrés Vázquez se vio apoyado por José Nogales en sus inicios como periodista, comenzando a publicar algunos artículos en *El Defensor de Sevilla*<sup>8</sup>.

En aquel tiempo, nos cuenta José Muñoz Sanromán, el maestro Nogales seleccionó a un grupo de jóvenes, esparcidos por toda España, para crear «un núcleo de fuerzas jóvenes, sinceras y apasionadas... salvadora de lo bello, de lo bueno y de lo útil». Con este grupo de elegidos, Nogales pretendió ir «contra la barbarie, la mentira, el artificio, la vanidad, la adulación plebeya... la baja sensiblería, la filosofía de calco e interés, el estruendo gárrulo del tamboril retórico y la pompa imbécil de la poesía cascabelera» que imperaba en aquel momento; e intentó crear una corriente literaria cuyas características peculiares fuesen la «sinceridad en la expresión, intensidad en el sentimiento, belleza en la forma, honradez en el fondo», respeto a todo lo dignamente humano, sin artificios.

<sup>7</sup> Alfonso Braojos Garrido: «Introducción» a la obra de José Laguillo titulada «Memorias. Veintisiete años en la dirección de *El Liberal* de Sevilla (1909-1936)» (pág. 37).

<sup>8</sup> J. A. Vázquez: «Fruto...» (pág. VII); y Joaquín Agudelo Herrero: «El autor y sus circunstancias», prólogo a la obra de José Andrés Vázquez titulada «Ese Sol, padre y tirano...» (s/n).

Entre los elegidos, por Nogales, se encontraban José Muñoz Sanromán y José Andrés Vázquez quienes encontraron el apoyo del maestro en sus inicios; y junto a otros integrantes de esta corriente literaria de Sevilla fueron en el aspecto literario y en el sentimiento regional precursores del movimiento andalucista<sup>9</sup>.

En 1907 José Andrés Vázquez ingresó, como meritorio, en la redacción del periódico *El Defensor de Sevilla*<sup>10</sup> a instancias de su director Juan José Serrano Carmona, comenzando a destacarse como periodista original y galano. Sin embargo, en dicho diario estuvo poco tiempo ya que ese mismo año desapareció por lo que José Andrés Vázquez ingresó en *El Liberal* de Sevilla<sup>11</sup> a petición de Alfredo Murga; y años después colaboró en *El Imparcial* de Madrid<sup>12</sup>. Estos dos últimos diarios, junto a otros muchos, pertenecían al trust empresarial Sociedad Editorial de España, antes mencionado, y, en concreto, *El Liberal* tuvo entre sus primeros directores a José Nogales y a Alfredo Murga<sup>13</sup>.

Fue precisamente por ese época cuando en colaboración con el «tenaz amorador del género teatral, don Ismael Pérez Giralde, que murió en el empeño sin alcanzar mayores éxitos», consiguió estrenar el juguete cómico «La Madre de Nerón», en un teatro de verano instalado en Carmona; así como la comedia «Mala Semilla» que «mereció ser estrenada en el inolvidable teatro del Duque, de Sevilla, por aquel gran cómico de gesto que hablaba más con las manos que con la boca, el inolvidable y glorioso don Juan Espantaleón». Ambas obras tan sólo produjeron a sus autores, según José Andrés Vázquez, «otra ganancia que la de afianzar nuestra pasión por la escena».

<sup>9</sup> José Muñoz Sanromán: «El Evangelio de la sinceridad» en la obra titulada «Como Antorchas» (págs. 27-30).

<sup>10</sup> Alfonso Braojos Garrido: «Reflexión Final» en Manuel Chaves: «Historia y Bibliografía de la prensa sevillana» (entrega núm. 55 de un coleccionable de ABC de Sevilla sin fecha). En el mismo se afirma que el diario *El Defensor de Sevilla* apareció en 1903 y duró hasta 1907.

<sup>11</sup> A. Braojos: «Reflexión...» (entrega núm. 55). En el mismo se afirma que el diario *El Liberal* de Sevilla apareció en 1901 y duró hasta 1936.

<sup>12</sup> J. A. Vázquez: «Fruto...» (pág. VIII).

<sup>13</sup> Nota a pie de página, de Alfonso Braojos Garrido, en la obra de José Laguillo: «Memoria...» (págs. 215 y 243).

Un poco más adelante, escribieron ambos en colaboración, una zarzuela en un acto, titulada «Entre castaños», cuando se encontraba en boga el género rural. A dicha obra le puso una bella música María del Pilar Contreras, pero «no se estrenó en el teatro Apolo, de Madrid, por diferencias del director de la orquesta con la autora de la música»<sup>14</sup>.

Después, en 1907, José Andrés Vázquez, ya en solitario, consiguió estrenar, un medio acto de comedia, titulado «Recurso legal» en el teatro del Duque de Sevilla. De ella, el propio autor manifestó que «gustó, pero como si no hubiese gustado... el estímulo era disminuido por el desaliento de las dificultades, dejé pasar el tiempo hasta que, aprovechando el florecimiento de un brote de optimismo, escribí un diálogo que titulé «Con cadenas de oro»<sup>15</sup>.

En mayo de 1908, José Andrés Vázquez terminó de escribir su primera novela titulada «Ese Sol, Padre y Tirano... Novela de la sequía». Para dicha obra José Nogales se comprometió a escribir un prólogo, «en limpia prosa y en gentil estilo», pero la muerte brusca del maestro impidió que fuese redactado así como muchos otros trabajos que tenía pensados. Por ello, el mencionado prólogo fue realizado por Manuel Chaves Nogales, sobrino de José Nogales y también protector de José Andrés Vázquez, estando fechado el 16 de agosto de 1909 y la obra fue publicada en 1909<sup>16</sup>.

Fue precisamente esta obra la primera que se reeditó tras fallecer Vázquez, el año del Centenario de su nacimiento en 1984, a la cual se acompañó de un prólogo que redacté<sup>17</sup>.

Ya en esta obra se observa la preocupación que el autor tenía por «la corrección formal, y esta preocupación casi obsesiva, auspiciada por un conocimiento profundo del idioma castellano... se traducía en la perfección de sus escritos pulquérrimos»; por ello el autor, al redactar, «rompía muchas cuartillas, tachaba, rehacía, limaba, pulía» sus escritos<sup>18</sup>.

<sup>14</sup> J. A. Vázquez: «Romero...» (págs. 8-9).

<sup>15</sup> J. A. Vázquez: «Romero...» (pág. 9).

<sup>16</sup> Manuel Chaves Nogales: «Al desconocido...» en la obra de José Andrés Vázquez «Ese Sol...» (s/n).

<sup>17</sup> J. Agudelo Herrero: «El autor...» (s/n).

<sup>18</sup> Manuel Olmedo: «José Andrés Vázquez» en *ABC* de Sevilla (25-XI-1983) (pág. 29).

La obra transcurre en Valderrosas, un pueblo cualquiera de la Sierra de Aracena durante la sequía de 1905. En aquellos años, en los inicios del siglo XX, pese al fracaso de las huelgas generales, las masas obreras estuvieron fuertemente unidas. La agitación obrera en aquel momento adquiere un relieve considerable. El gobierno contempló con serenidad los sucesos, en vez de utilizar las represiones anteriores, y los dirigentes del país intentaron investigar los problemas económicos y jurídicos de aquella triste situación del jornalero. En 1903, fue creado el Instituto de Reformas Sociales para estudiar la cuestión agraria. La prensa, el Ateneo de Madrid y las Cortes hablaban constantemente del tema en aquellos años<sup>19</sup>.

En este ambiente, llegamos a 1905, tema central de la sequía de la que trata José Andrés Vázquez en su obra. Faltaron, según nos cuenta Juan Díaz del Moral, las lluvias de otoño, las de febrero y marzo, y en toda la primavera tan sólo cayó una insignificante llovizna en abril. Por ello, los sembrados se secaron sin ni siquiera espigar, las cosechas se perdieron, se secaron fuentes y pozos, el agua para abastecer a las poblaciones escaseaba, los ganados morían de hambre, el precio de la cebada era muy caro y las reservas de paja desaparecieron en los incendios. La situación era gravísima para el campo. El hambre fue entonces el tema preferente de la prensa nacional e incluso extranjera.

Gracias a la opinión pública creada años atrás en relación al campesinado, hubo en España una ola de conmiseración y de simpatía. Se llegaron a dedicar algunos millones del presupuestos a obras públicas para remediar el mal.

Las personas piadosas costearon funciones de rogativas, predicadores hacían llorar a las mujeres, las imágenes milagrosas recorrieron las calles, esculturas de Jesús Nazareno bendijeron los secos campos y las exhaustas fuentes y se celebraron corridas de toros a beneficio de los hambrientos.

El Estado comenzó a construir una serie de carreteras para dar ocupación a unos cuantos trabajadores. Las autoridades municipales comenzaron a distribuir a los obreros entre los labradores y personas acomoda-

---

<sup>19</sup> Juan Díaz del Moral: «Historia de las agitaciones campesinas andaluzas. Córdoba (Antecedentes para una reforma agraria) (pág. 220).

das. En ocasiones similares anteriores, los campesinos habrían muerto de hambre sin protestar o habrían emigrado, pero en 1905 estaban ya convencidos de la inutilidad de tal actitud y decidieron utilizar los medios de la revuelta y de los motines.

En enero de 1905, los trabajadores de Córdoba acudieron en masa al Ayuntamiento en demanda de trabajo. En marzo, tras veinticinco días sin trabajo, la situación se hizo tensa en Bujalance, Espejo, Fernan-Núñez, Montoro, Puente-Genil y Palma del Río. En abril y mayo la situación se extendió prácticamente por toda la campiña, que se vio envuelta en numerosos motines y manifestaciones tumultuosas. Hubo lugares donde se declaró el estado de guerra.

Mientras tanto, los pueblos de la sierra sintieron poco la calamidad. Sus tierras eran frescas y la siembra, por consiguiente, pudo resistir mejor la sequía; por otra parte, eran pueblos dedicados principalmente a la ganadería y a la minería. Sólo se dejó sentir en Belalcázar, Fuenteovejuna, Dos Torres y Villaviciosa.

Hasta 1905, los campesinos se mantuvieron fuertemente solidarizados, pero cuando vino la crisis comenzaron las deserciones. Al llegar el verano, la desvandada fue general. Los líderes obreros y los que carecían de la protección de un amo se marcharon a las minas, al ferrocarril de Peñarroya a Conquista, o a otras provincias. Las discordias minaban las sociedades aún en pie y, llenas de rencillas y desaliento, se disgregaron. El resultado de todo esto fue que en 1906 el movimiento campesino quedó extinguido en su totalidad. A las ilusiones de años atrás seguía la impotencia de los últimos tres años, el desaliento, la amargura, la humillación y el rencor hacia la burguesía. Los campesinos volvieron a pensar que los amos siempre serían amos; que unos nacen para mandar y otros para obedecer, y que, por consiguiente, era inútil el esfuerzo emancipador<sup>20</sup>.

Lo mejor que se conoce es la situación social de Lebrija. Ello se debe a que *El Imparcial*, dentro de esa honda preocupación por la sequía, mandó como corresponsal a Azorín en el mes de marzo. Estos cuatro artículos de abril los englobó su autor bajo el título sugestivo de «La Andalucía

<sup>20</sup> J. Díaz del Moral: «Historia...» (págs. 206-214).



trágica». En esta ocasión el estilo de Azorín es agitado y vehemente. *El Imparcial*, asustado por sus crónicas, deja alguna sin publicar y envía un telegrama haciéndole regresar. Al poco tiempo, Azorín abandona el diario<sup>21</sup>.

Al llegar a Lebrija, Azorín hace observar que los sembrados «amarillean acá y allá, mustios, casi agotados, casi secos». Comenta más adelante que los señores no salen de sus casas y las viñas están devastadas por la filoxera. Los braceros, añade, «casi todos ellos encontraban trabajo en los viñedos cercanos a Jerez. Pero Jerez atraviesa por honda crisis». Los jornaleros se encuentran repartidos entre los propietarios, que les dan diariamente sesenta céntimos, «con estos sesenta céntimos compramos pan, lo cocemos en agua, y eso es lo que comemos». Además, critica la existencia de terrenos incultos. «Ya están cansados los buenos labriegos de Lebrija; ya están cansados los labriegos de toda Andalucía» y termina preguntándose «¿Qué va a venir después de este cansancio?».

En el último artículo, dedicado a Lebrija, dice: «Yo he visto estos rostros flácidos, exangües, distendidos, negrosos, de los labriegos. Y estas mozas escuálidas, encogidas en un rincón, como acobardadas». En una conversación, Don Luis, el médico, le comenta a nuestro cronista que «todos estos enfermos que hemos visto son pobres: necesitan carne, caldo, leche... Y esto ha de repetirse todos los días en todas las casas forzosamente, fatalmente... Y la miseria va creciendo, extendiéndose, invadiéndolo todo». Casi todos los enfermos son tuberculosos, éste es el mal de Andalucía, no se come, ello provoca la anemia y ella acarrea la tisis. Termina el médico diciéndole que el obrero andaluz es bueno, pero tiene dos ideas, una que «el amo es el enemigo» y que «las leyes se hacen para los ricos»<sup>22</sup>.

En Sevilla la sequía produjo igualmente estragos. Los campos se encontraban secos y fueron víctima de una gran ola de calor, alcanzando el termómetro los cuarenta en primavera y los cincuenta en agosto. Se oían, en la capital de Sevilla, por todas partes, noticias acerca de saqueos y atracos que se producían en los pueblos, y todos temían la llegada de bandas incontroladas de campesinos a la ciudad.

<sup>21</sup> José M<sup>a</sup>. Valverde: «Introducción crítica» a la obra de Azorín titulada «Los pueblos. La Andalucía trágica y otros artículos (1904-1905)» (págs. 27-28).

<sup>22</sup> Azorín: «Los pueblos.. » (págs. 243-258).

Ante el grave problema, Marcelo Spínola reúne a varias personas en el Palacio Arzobispal, para realizar suscripciones públicas y cocinas económicas que palien en la medida de lo posible aquel mal. En 1958, Santiago Montoto describirá magistralmente la labor del ‘arzobispo mendigo’ con las siguientes palabras: «Iba destocado; sobre sus hombros llevaba la capa morada de lanilla; el sol lo abrasaba; el sudor bañaba su rostro, lívido, sofocado por el calor; en los labios, su inefable sonrisa; su caminar era lento; andaba por las calles céntricas y por los barrios bajos; entraba en los palacios y bajaba a los tugurios; visitaba casinos y entraba en las tabernas. En todas partes tendía su mano esquelética pidiendo para los pobres hambrientos, y en todas partes ni uno solo le negó el consuelo que pedía». Agotado por aquel trabajo, a consecuencia del calor y de su enfermedad, murió el 19 de enero de 1906. La Junta de Sevilla contra el hambre reunió la suma de 327.895 pesetas. Llegaron donativos de París, de Viena, de Londres, de Bruselas, de Nueva York, de Filadelfia, de Chicago, de La Habana y de muchos sitios más. En gran medida, aquel dinero recaudado se lo debemos a la importante labor de don Marcelo<sup>23</sup>.

La hambruna de 1905 nos recuerda los sucesos de 1874 que se produjeron en Jerez. De ellos nos habló Blas Infante en su artículo «La huelga de médicos en Jerez» y en él nos dice: «La mirada que se hunde en aquellos fondos evocadores de sensaciones de tragedia descubre, apiñados, hombres y más hombres, en grupos inmóviles, como las rocas. Es el pueblo jornalero de Jerez, elevando, con la potencia del alcohol, la potencia de su odio al amo de la campiña; musitando en la penumbra desmedrada sus odios famélicos contra la tierra, porque sólo ve de la tierra su personificación: el amo». Nos hace recordar cómo incendiaron las mieses, destruyeron las viñas y decretaron el asesinato colectivo de todos los perros de los cortijos y majadas para que no denunciases «los conciliábulos generales de los jornaleros, en la campos sumergidos en tinieblas». Allí se tramó la Mano Negra y también la conspiración que convocó a millares de campesinos en la llanura de Caulina. Desde allí se lanzaron todos juntos, una noche, armados con hoces sobre la silenciosa Jerez<sup>24</sup>.

En esta obra de José Andrés Vázquez, «Ese Sol, padre y tirano...»,

<sup>23</sup> Nicolás Salas: «Sevilla. Crónicas del siglo XX» (págs. 72-74).

<sup>24</sup> Blas Infante: «La huelga de los médicos en Jerez» en la revista *Andalucía* (1-X-1919).

escrita en mayo de 1908, recogió su autor el texto del rezo del Santo Dios<sup>25</sup>.

De este cántico religioso habló Luis León Domínguez, en su obra «Los cuentos de Andalucía», publicado por la Biblioteca Ibérica de Folklore. Allí se nos describe, en un amanecer de la campiña andaluza, cómo el capataz de una cuadrilla de segadores se «descubre solemnemente su cabeza, cual si hubiera entrado en un templo, y, grave y sereno, entona un cántico religioso, sencillo y popular: Santo Dios, Santo fuerte, Santo inmortal: Líbranos, Señor, De todo mal».

Prosigue, el autor, indicando que el capataz «levanta luego el sombrero en alto, lo balancea, cual si agitara una bandera, y lo lanza a larga distancia sobre el campo de espigas». A continuación, «los segadores se inclinan sobre las mies y comienzan a cantar y a cortar, moviendo las hoces a compás del sagrado cántico. Y el rumor de las espigas al caer». «Así van segando hasta llegar al lugar donde cayera el sombrero, reposan, y continúan después su labor en silencio»<sup>26</sup>.

Durante la estancia de Blas Infante en el colegio escolapio de Archidona los alumnos internos cantaban, al piano, la Salve y el Santo Dios<sup>27</sup>. Posteriormente, este himno lo escuchó Infante a los campesinos de Cantillana y su música fue adaptada por los liberalistas, durante la II República, para himno de Andalucía. Por cierto, que Infante afirma que este himno es utilizado «en algunos pueblos de la Sierra de Huelva»<sup>28</sup>.

En 1910, publicó Vázquez «Aires de la Sierra» en la colección «Los cuentistas», publicación semanal ilustrada, editada en Barcelona. La obra, que trata de dar un homenaje a los hombres de la sierra de Aracena en cuya obra describe magistralmente sus costumbres, sabiendo captar la idiosincrasia del habla popular y la psicología de los hombres serranos<sup>29</sup>.

<sup>25</sup> J. A. Vázquez: «Ese Sol...» (pág. 60).

<sup>26</sup> Luis León Domínguez: «Los cuentos de Andalucía» (págs. 5-6).

<sup>27</sup> Enrique Iniesta Coullaut-Valera: «Tiempo de Siembra. Blas Infante: La niñez y el Colegio, 1885-1901» (pág. 29).

<sup>28</sup> Blas Infante: «Orígenes de lo flamenco y secreto del cante jondo» (págs. 104-105).

<sup>29</sup> Manuel Ruiz Lagos y María Angeles Campos Blasco: «El periodismo andalucista de José A. Vázquez», dossier núm. 22 en revista *Andalucía Libre* (enero, 1982) (pág. 25).

Ese mismo año el diario *El Liberal* recogió la noticia de que José Andrés Vázquez había sido nombrado corresponsal de la revista *Correspondencia militar*<sup>30</sup>.

En 1911, apareció en Aracena el periódico *El Distrito* que duró hasta 1914. Uno de sus directores fue José Andrés Vázquez y en el mismo tu vieron cabida todos los temas comarcales. Vázquez publicó en el mismo varios artículos, como el titulado «La ciudad y el campo»; cuentos, como «Los más son malos»; la novela, «La misa de los quintos»; el ensayo, «Apuntes sobre el teatro en Roma»<sup>31</sup> y unos trabajos sobre Arias Montano.

En 1913, el Ateneo de Sevilla llamó a Francisco de Asís Cambó para presidir los juegos florales que por aquel tiempo organizaba, cada año, ésta institución. La estancia de Cambó en Sevilla sirvió además para que sostuviese una reunión íntima con los futuros fundadores y colaboradores de *Bética, Revista Ilustrada*. De esta forma surgió la revista que se definía como regionalista, matizando que «ese regionalismo es un regionalismo sano, patriótico, porque su fin es, al realzar las glorias regionales, ensalzar la Patria»<sup>32</sup>. La revista sirvió de lugar de encuentro entre la juventud renovadora del Ateneo y el grupo conservador del mismo<sup>33</sup>.

En dicha revista colaboró José Andrés Vázquez con tres artículos de carácter literario, siendo éstos los de «Cuento de polichinelas», «Aracena. Tiene mi serrana...» y «Semana Santa de mi pueblo (De mis recuerdos)»<sup>34</sup>.

El primer artículo de José Andrés Vázquez donde evoca la sierra de Huelva es en el titulado «Aracena. Tiene mi serrana...». Dicho trabajo literario comienza diciendo que «desde lo alto de la torre se ve a Aracena soleada y riente bajo un cielo de purísimo azul y oreada por los aires jugosos de los campos pródigos que le rodean»; continúa luego afirmando que el templo lo construyeron los caballeros del Temple y el atrio del mismo «delata el carácter religioso-guerrero de sus fundadores: mitad fuerte, mi-

<sup>30</sup> *El Liberal* de Sevilla (23-XI-1910).

<sup>31</sup> Manuel Ruiz Lagos: «Prólogo» a la obra de J. A. Vázquez «Artículos» (págs. 16 y 40).

<sup>32</sup> «Palabras preliminares» en *Bética, Revista Ilustrada* núm. 1 (20-XI-1913).

<sup>33</sup> Joaquín Agudelo Herrero y María Dolores Jiménez Aguilar: «Gastalver contra Infante» en Actas del IV Congreso sobre el Andalucismo Histórico (págs. 511-512).

<sup>34</sup> Jacobo Cortines Torres: «Índice bibliográfico de *Bética, Revista Ilustrada*» (págs. 88, 207 y 240).

tad iglesia y el todo, sobrio, severo y sonbrío, evoca el alma de la Cruz y la Espada»; indica que «por la Puerto Real, ornamentada bellamente con su propia sencillez y traza proporcionada, entraron antaño, fervorosos y rígidos, los esforzados campeones de la fé; por la misma puerta entran hogaño los fervientes devotos de la Virgen del Mayor Dolor»; y finalizada, en la descripción de la iglesia del castillo, indicando que la misma «retiene prisionera a la torre mora que fue propugnáculo de la antigua fortaleza almohade».

Continúa posteriormente hablando del templo de nunca acabar, en la Plaza Alta, que «había de contener la grandeza de unos cultos de Colegiata, quedan los muros mostrando, tristes, su pedregosa línea rota, como un mutilado que aguardara siempre la restitución milagrosa de sus cercenados miembros». En este altar se encuentra el Cristo de la Plaza cuya leyenda, de que fue labrado en una noche por los ángeles, fue escrita por José Nogales.

Y termina hablando de la plaza de Santa Catalina, «contigua a un convento de monjas Carmelitas que tiene unas campanas de són amable y un viejo órgano melodioso». Junto a esta plaza, en una casa que ya no existe, nació José Andrés Vázquez «y lo primero que ví en esta vida... fueron los ecos dulcísimos de este órgano y estas campanas»<sup>35</sup>.

El siguiente artículo, publicado en *Bética, Revista Ilustrada*, donde trata de la sierra de Huelva, es en el titulado «Semana Santa de mi pueblo (De mis recuerdos)».

Comienza tratando de la cofradía del Castillo describiendo la manera en que «avanza la brillante centuria por la cuesta arriba, siguiendo marcialmente los acordes de la charanga». Alrededor de la mole del Castillo las gentes se sitúan, «puesta de gala, esperando que salga la solemne cofradía de la Vera-Cruz». Mientras tanto, «en el interior del magnífico templo organizase la procesión. Penitentes de túnica blanca con amplia cola y azul capillo puntiagudo, van recogiendo unos sus cirios, otros sus insignias,

<sup>35</sup> José Andrés Vázquez: «Aracena. Tiene mi serrana...» en *Bética, Revista Ilustrada* núm. 51 y 52 (15 y 29-II-1916) (págs. 29-34); y Holgado Mejías: «José Andrés Vázquez, delegado de prensa en la Exposición Iberoamericana de 1929» en *El Correo de Andalucía* (29-X-1984) (pág.40), se trata de una entrevista con Amelia Vázquez Durán.

aquellos sus banderas, estotros las roncadas bocinas que reclamarán el silencio a intervalos lanzando al final de cada *saeta* sus sonos roncados y prolongados».

Cuando al fin se abre la puerta «la Cruz sobre el monte Calvario destaca con el sudario blanco bajo la arcada central del espléndido atrio. Dos filas de penitentes siguen cubriendo el espacio que media entre este primer *paso* representativo del acto de la flagelación. Jesús atado a la columna recibe con resignación sublime los crueles azotes que dos sayones enormes descargan sobre sus desnudas espaldas. Luego los centuriones romanos y su música, numerosos nazarenos, estandartes, manga parroquial y finalmente, el hermoso *paso* donde la Virgen del Mayor Dolor, venerada por todos, dice de sus aflicciones con las lágrimas que surcan sus mejillas y cuenta de su dolor con el puñal que rompió su pecho».

La procesión desciende al pueblo y «solemnemente recorre sus calles con el mayor orden, con rigurosa compostura y vuelve así a la cima donde se alza el Castillo, cuando ya es de noche, para ofrecer el más fantástico espectáculo que pudo soñarse. Vistos desde el pueblo el rosario de las luces que llevan los nazarenos y el esplendor de sus *pasos*; llegando desde la altura el eco de las trompetas y de los clarines romanos, una sensación infinita de ascetismo y de arte domina el ánimo produciendo escalofríos de emoción».

La segunda cofradía a la que hace referencia es la procesión mañanera, «apunta el alba por entre los castaños del Cabezo y vienen con las primeras luces aroma del campo, armonía de pájaros y sonar de esquilas. Todo respira paz y sencillez, cuando en la portada de la iglesia mayor aparece el *paso* de Jesús que, ayudado por Cirineo, carga con la Cruz de la redención»; luego, viene «la magnificencia del *paso* donde la Virgen desconsolada sigue anhelante el camino que le traza, en pos de Jesús, el dedo rígido de San Juan».

La última cofradía de la cual habla José Andrés Vázquez es la del Santo Entierro, «la *matraca* girando allá en el hueco que se le destinó para sus locos volteos, ha hecho señal de entierro: que ha muerto el Hijo de Dios y entre lienzos blancos han puesto su cuerpo para llevarlo al sepulcro de Arimatea. De entre la iglesia del Carmen sale el Sagrado Entierro. En triste cortejo figura para atormentarnos con su presencia la propia Muerte».

La procesión esta formada por «piadosos nazarenos de todas las cofradías y los penitentes enlutados del Santo Entierro. También irá la Madre llorosa en la soledad de su vida y con las congojas del inmenso dolor que le agobia» y el público asistente escucha una dulce música fúnebre y saetas dolientes.

El Domingo de Resurrección, alegra a los serranos el repique de las campanas y se escuchan, por todas partes, «el estruendo de los disparos que hacen contra el Judas»<sup>36</sup>.

Por aquella época José Andrés publicó el cuento «Las espigas de oro». En el mismo rememoraba la época de su niñez, diciéndonos que «cuando éramos unos chiquilicuatros y andábamos a vueltas con el abecedario y los palotes, bajo la égida de un señor maestro a quien llamaban don Laureano, y decimos llamaban, refiriéndonos a la gente en general, pues nosotros, en particular, le decíamos *don Palmeta*, por la de su uso, con la cual lo mismo echaba una firma en el brasero, que, con ceniza y todo, se la plantaba violentamente a los alumnos en las ampulosidades que empiezan donde terminan las sombrías espaldas; en aquel lejano tiempo de nuestra mayor independencia, solíamos los mal avenidos con los rigores del maestro y de la escuela, tomarnos por cuenta propia unos asuetos que nos hacían salir del pueblo para rehuir la vigilancia familiar y andurrear, llevando la carpetilla de los libros en bandolera, todos los alrededores, con preferencia los plantados de arboleda frutal, a fin de tomar prácticamente lecciones de arboricultura y comprobar la mayor o menor acidez de las frutos, según su período de madurez».

Así, comenta que en aquellas ocasiones, se dirigían a El Solano, para comer bruños; a La Granadilla, para coger granadas; a La huerta del Cabillo, para probar melocotones; y al Campo de las espigas de oro, objeto del presente cuento. Nos describe cómo, en cierta ocasión, un compañero de clase se acercó a un campesino y le preguntó sobre el motivo de que dicho campo se denominase de esa forma y a continuación José Andrés Vázquez comento una leyenda poco conocida<sup>37</sup>.

<sup>36</sup> José Andrés Vázquez: «Semana Santa de mi pueblo (De mis recuerdos)» en *Bética, Revista Ilustrada* núm. 73, 74 y 75 (1917) (págs. 51-52).

<sup>37</sup> José Andrés Vázquez: «Las espigas de oro» publicado en su obra «Fruto...» (págs. 161-167).

Durante los años 1917 y 1918 Vázquez publicó en el diario madrileño *El Imparcial* unos artículos periodísticos, denominados «Cartas Andaluzas», con los que alcanzó en toda España un singular renombre como periodista. Los artículos aparecidos en 1917 fueron agrupados en un tomo en 1918 fueron impresos y agrupados en un tomo en 1919.

En la introducción al referido tomo de 1918, el autor nos indicó que «unas amables manos amigas han tenido la paciencia de coleccionar durante todo el año 1917 las cartas de que consta este Epistolario, escritas al correr de los días y de la pluma, y enviadas a diversas publicaciones periódicas –en su mayor parte a *El Imparcial*–, cumpliendo ineludibles deberes informativos». Continúa afirmando que «no hubiera yo pensado nunca que las modestas cartas de un corresponsal pudieran contener, reunidas, material suficiente ni méritos literarios para formar un libro; jamás en mis años de periodista me asaltó la idea de recortar y conservar ninguno de los artículos que publicara, por atribuirles, sin duda con fundamento, a todos y a cada uno, solamente el valor actual que pudieran prestarles las volanderas hojas diarias donde aparecieron»<sup>38</sup>.

Allí aparecen reunidos artículos muy importantes relativos al pensamiento andalucista de José Andrés Vázquez tales como «El regionalismo andaluz», «El problema de Andalucía», «El Chaquet de Cambó» y «Un cubierto desgraciado»; sin embargo, en relación al tema que nos ocupa debemos de destacar el titulado «La Peña de Arias Montano», publicado el 12 de mayo de 1917.

Comienza el artículo señalando que varias personas que, en Sevilla, celebraban un Congreso de Ciencias organizaron una excursión por la sierra de Aracena y tuvieron la amabilidad de llevar con ellos a Vázquez.

El automóvil, que llevaba a los congresistas, recorrió la carretera, «construída a media ladera», la cual «parece caprichosamente trazada por ingenieros artistas más atentos a sorprender al viajero con inesperadas bellezas que a vencer dificultades para el tránsito rodado».

Tras dejar atrás el pueblo de Aracena, se encaminaron hacia la Peña

<sup>38</sup> José Andrés Vázquez: «Epistolario Bético (1917)» (pág. 5).



de Arias Montaña y vieron por el camino a la derecha alzada «imponente la sierra de San Ginés, cuya cima se besa con el cielo»; luego, al final de una curva, «en la cual parecía terminar la carretera, quedando su límite suspendido en el espacio, se nos aparece el lindo pueblo Linares de la Sierra, sosegado en el valle florido, del cual suben unos verdejeantes chopos en competencia con la torre de la iglesia; y después se encontraron en el puerto de Alajar «desde donde se ofreció a nuestra vista la histórica peña de Arias Montano, con su blanca ermita sobre la roca desgarrada, como si un titán desde los antros tenebrosos de la tierra, después de saber que hicieron un santuario encima del cerrillo rocoso».

Por la derecha de la carretera va el camino a la ermita que se encuentra vedado a los coches y en la rampla unos humilladeros con «una imagen tras la reja, y bajo ésta una ranura para recibir las ofrendas». Los árboles que dan sombra no se corresponden con los que hay en la Sierra y se cuenta que los plantones fueron traídos por Arias Montano. Según el pueblo, el fruto caído del castaño de Indias inmuniza de la erisipela. Desde la cima vieron el pueblo de Alajar, tendido en el valle y luego entraron en la ermita donde se venera la Virgen de los Angeles. Allí Vázquez les refirió la leyenda de la aparición de la Virgen al pastorcillo Victor. Después de descansar en la casa de la mayordomía de la hermandad bajaron a visitar las grutas llamadas «Palacios oscuros». «Recorrimos las grutas hasta donde nos fue posible avanzar, y admirando la obra de la Naturaleza, caprichosa en la formación de aquellas oquedades». Después estuvieron viendo en los huecos naturales de las rocas que ocupó Arias Montano y allí vieron los asientos de piedra empleados por el confesor de Felipe II<sup>39</sup>.

En el artículo «Variaciones sobre el Jamón Serrano», publicado el 15 de enero, describe la tradición serrana de la matanza de cerdos. Comenta que en la sierra se sigue la tradición «de que el propietario, cebador en sus encinares de las numerosas piaras de verracos para convertirlos en lucidos guarros sin desperdicio, conceda a sus convecinos el derecho de elegir las cabezas que prudentemente necesite, pagaderas en plazos irregulares o en prestaciones del oficio». Con estas facilidades, «rara es la casa que no abastece su despensa por este procedimiento, constituyendo una sonada fiesta el día de la matanza».

<sup>39</sup> J. A. Vázquez: «Epistolario...» (págs. 56-69).

Cuando se recibe el aviso de que los animalitos están dispuestos, los chiquillos, provistos de zahones, hondas y látigos van en busca de los cerdos y los llevan al lugar de su sacrificio. Se avisa al matachín, «se afilan las herramientas; los peroles y calderas adquieren, al influjo de naranjas agrias y ceniza, todo el brillo del metal con que fueron labrados; dispónese la tosca máquina de embutir, artefacto no por muy antiguo menos útil y que inspire mayor confianza a quien lo use; hácese acopio de aulagas para chamuscar la piel de los cerdos y facilitar su limpieza; se repara el banco de matar, si lo hubiere menester, y las calabazas vinateras».

Al amanecer, el matarife «ordena que le acerquen la víctima; unos cuantos hombres cogen al cerdo por donde buenamente pueden echarle mano, montándolo panza arriba sobre el tablón de la muerte, entre los gruñidos consiguientes, que ahoga en el momento la certera cuchillada del maestro. Mana por la herida abundante sangre», la cual es removida sin cesar al caer en la caldera por el brazo desnudo de una mujer.

El chamuscado que se hace a los cerdos cuando están recién muertos es una operación delicada. Luego, tras abrir los cerdos, se sacan «las asaduras, que inmediatamente se fríen con mucha pringue y unos ajitos para el almuerzo; salen cientos de cosas, entre tripas, mollejas, pellas, vejigas, riñones...»; y tras lavar con esmero los despojos se disponen «las tripas para embutir chorizos, lomo, salchichón, y demás tonterías...»<sup>40</sup>.

En enero de 1922, José Andrés Vázquez entró en la redacción del diario *El Noticiero Sevillano*, a instancias de Juan Carretero Luca de Tena, donde permanecería hasta 1929. En el mismo, junto a Abelardo L. Cansino (Poly), recorrió innumerables pueblos de Sevilla, Cádiz y Huelva. En aquella ocasión llegó a afirmar que adolecía «la prensa, en general, especialmente la de Madrid, —que cree que España es la Puerta del Sol nada más—, del grave defecto de la limitación centralista, fenómeno que se reproduce en la región, y que hay que superar».

El primer artículo que debemos de destacar, publicado en este periódico, con una temática serrana es el titulado «El tesoro del rey moro» publicado el 20 de enero de 1922. Vázquez comenta en este artículo que

<sup>40</sup> J. A. Vázquez: «Artículos» (págs. 151-155).

había en la sierra de Aracena un pueblo denominado *Las Granadillas* que contaba con una población de quinientas personas las cuales vivían «cobiadas en unas casitas enanas que formaban una plazuela ante la puerta principal del templo» y detrás «estaba el cementerio, formando otra plazuela formada de sepulturas contorneadas de rosales». Hubo una epidemia y el pueblo se despobló y los pocos vecinos que sobrevivieron, horrorizados, decidieron abandonar el pueblo. Pasó el tiempo, se fueron muriendo los emigrados y sólo quedó la mujer que alcanzó a conocer nuestro periodista<sup>41</sup>.

El segundo artículo es el titulado «La Romería de Carboneras», publicado el 29 de marzo de 1922. En dicho artículo, Vázquez se apena de que sólo pueda referirse a su pueblo rememorando sus recuerdos y no dedicando comentarios de actualidad. A continuación, describe sus recuerdos de la romería de Carboneras que tenía lugar a finales del mes de marzo<sup>42</sup>.

El tercer artículo lleva por título «La Fuente clara de Cañaverl de León», publicado el 4 de agosto de 1928. En este artículo Vázquez nos comenta un viaje que realizó, en burro, a dicha localidad serrana, «pueblecito ignorado, que esconde sus virtudes en un casi inaccesible rincón de las Huebras serranas», para visitar a su amigo Fidel el cual había restaurado la imagen de Santa Marina «la Patrona, que de puro vieja estaba desconocida».

En Cañaverl hay una fuente con muchos caños y cuya agua «pasa, mansa y cristalina, con un volumen inmenso, por el fondo de un cerco de piedra que semeja un amplio espejo tendido en medio de la plazuela, para que en la superficie líquida se refleje constantemente el cielo». Concluye el artículo manifestando que «no sabemos por cuánto tiempo continuará Cañaverl de León –una de las cinco villas hermanas: Fuentes, Segura, Calera y Arroyomolinos y Cañaverl, que gozaron hasta hace poco de curiosos privilegios reales– sin camino que le lleve la nueva inquietud vertiginosa»<sup>43</sup>.

<sup>41</sup> J. A. Vázquez: «Artículos» (págs. 177-179).

<sup>42</sup> J. A. Vázquez: «Artículos» (págs. 83-86).

<sup>43</sup> J. A. Vázquez: «Artículos» (págs. 91-94).

El último artículo que vamos a destacar, de los publicados en *El Noticiero Sevillano*, es el titulado «Rebollo el cumbreño, o un ejemplar de la raza» publicado el 24 de octubre de 1928.

Inicia Vázquez el artículo diciendo que el pasado Día de la Raza tuvo noticias de que José Rebollo «había logrado establecer en la Argentina la primera fábrica de azúcar de remolacha», la *Azucarera de Cuyo*, en los terrenos de Media Agua, próximos a San Juan. Un día Rebollo «leyó en un diario bonaerense que el gobernador de San Juan se proponía implantar nuevas industrias» y fue a visitarlo, a mediados de 1923, y el pasado mes se inauguró la fábrica con «almacenes, taller mecánico, casa-administración, seis viviendas para el personal técnico, una para empleados solteros, diez y seis para familiares, pabellones auxiliares y otras dependencias».

En la «Guía de la Gruta de las Maravillas, Aracena y la Sierra» de Vázquez, en su segunda edición del año 1936, se afirma, al tratar de Cumbres Mayores, que «el actual alcaide de este Castillo es el ilustre cumbreño, Don José Rebollo Fernández», al cual, por cierto, dedicó Vázquez su obra «Fruto en sazón» en 1931.

También se habla en este artículo de Cumbres Mayores de la cual dice «que está en el extremo norte de la Sierra de Aracena, en la linde andaluza que mira a Extremadura y Portugal». Tiene un famoso castillo «cuyo Ayuntamiento aún conserva jurisdicción sobre él y la facultad de nombrar alcaide». De allí son «los bravos danzantes que todos hemos visto en las romerías serranas y admirado como privilegiados seres insensibles a la fatiga...». Los danzantes, «constituyen el símbolo del vigor y la constancia serranos» y «desde el siglo XVII en que salieron a bailar por primera vez para dar gracias a Dios por la terminación de una epidemia, continúan el voto hecho entonces de reventar antes que ceder en la danza mientras estén en presencia de una imagen de la Virgen María»<sup>44</sup>.

Por ese tiempo, concretamente en 1927, José Andrés Vázquez publicó el cuento «El verdadero camino» donde recogió la leyenda serrana de la aparición de la Virgen de los Angeles a un pastor y rememoró un suceso de su niñez al que ya nos hemos referido<sup>45</sup>.

<sup>44</sup> J. A. Vázquez: «Artículos» (págs. 227-230); José Andrés Vázquez: «Guía de la Gruta de las Maravillas, Aracena y la Sierra» (págs. 38-39); y J. A. Vázquez: «Fruto...» (pág. V).

<sup>45</sup> J. A. Vázquez: «Fruto...» (págs. 177-191).

En 1929, al fundarse el diario *ABC* de Sevilla, José Andrés Vázquez comenzó a colaborar en dicho periódico. Así, en 1930, publicó las series «Crónicas de andar y ver» y «Lugares y recuerdos andaluces» donde trató frecuentemente de los lugares serranos.

Así, el 11 de febrero de 1930, publicó «Aroche, villa del señorío heróico». En este artículo Vázquez da unas pinceladas sobre las épocas romana, musulmana y cristiana de Aroche; y comenta, brevemente, los sucesos vividos en el pueblo durante la guerra de la Independencia. Resalta igualmente la importancia de las «innumerables casas señoriales que ennoblecen el conjunto urbano y la magnífica munificencia con que está dotado el tesoro parroquial»<sup>46</sup>.

Otro artículo, dentro de esta línea, fue el titulado «Almonaster, villa real» publicado el 19 de febrero de 1930. Comienza indicando que en los criaderos de pirita cercanos al pueblo se han encontrado vestigios arqueológicos desde la época fenicia. Durante la etapa musulmana «Almonaster formó parte del reino de Aracena, un pequeño reino exento, no bien estudiado aún, cuyo rescate hicieron las huestes portuguesas».

Cuenta Almonaster con la mejor de todas las puertas de estilo manuelino que hay en la sierra. Toda esta zona serrana fue reclamada, para Portugal, por Teófilo Braga, historiador y ex-presidente de la República Portuguesa, antes de morir, sin alcanzar sus pretensiones. En cambio, «los vecinos de Barrancos, un pueblecito de la Contienda, que se quedó dentro de Portugal al hacerse la última delimitación, se obstinaron en formar una especie de San Marino, contrariados con España, que no atendió sus aspiraciones españolistas, y con Portugal, que los hizo portugueses sin consultarles».

Desde «la inmediata sierra de San Cristobal –1035 metros sobre el nivel del Atlántico– empieza el declive mariánico, que lleva al mar, por entre la media sierra del Andévalo, las sangrías fluviales de la sierra de Aracena»<sup>47</sup>.

El siguiente artículo fue el titulado «Cortegana, donde nace el Chan-

<sup>46</sup> J. A. Vázquez: «Artículos» (págs. 103-106).

<sup>47</sup> J. A. Vázquez: «Artículos» (págs. 107-110).

za» publicado el 27 de junio de 1930. El castillo del pueblo «está aún enhiesto y demostrando que fue cosa principal con San Fernando, con los moros y tal vez antes con los romanos; bien que ruinoso y deforme, aunque contenida una más acelerada ruina por los ciudadanos del vecindario, cuya altura arde en el noble afán de conservar para su pueblo la cimera gloriosa de los torreones históricos, purificados ya de su marcial agresividad por la dulce influencia del santuario contiguo, donde la Virgen de la Piedad recibe las ofrendas cordiales de los corteganeses».

Cuenta la población con una importante presencia señorial que «se revela en numerosos edificios, marcados con el sello austero de las viejas piedras que exhibe la arquitectura local».

La iglesia parroquial del Divino Salvador fue «reconstruída en el siglo XVII sobre los restos de la que, según numerosos testimonios destruyó un terremoto». Este templo tiene un hermoso púlpito, forjado en hierro, de autor anónimo, «una verdadera obra del arte barroco, que, si tenemos en cuenta el predominio durante mucho tiempo en la inclinación de las vocaciones artesanas por los trabajos de forja, de lo cual aún quedan buenos testimonios en los oficios locales, bien pudo ser labrada por algún artífice corteganes en homenaje a su pueblo, después de haber alcanzado la suprema perfección de su arte al lado de los maestros de la cerrajería sevillana».

Dentro de esta iglesia se encuentra la efigie de Jesús Nazareno, que recuerda al de Pasión de Sevilla, «fue labrada en el taller del famoso maestro –se refiere a Juan Martínez Montañés– y bajo su dirección, en el año de 1610, por el discípulo Blas Hernández Bello», según se demostró por entonces en el Archivo de Protocolos de Sevilla<sup>48</sup>.

El siguiente artículo titulado «Fuenteheridos y el por qué de su nombre» publicado el 1 de agosto de 1930. Nos cuenta Vázquez que este pueblo «nos ofrece, para aplacar el calor de estos días estivales, la fronda umbrosa de sus castaños y la fragancia deliciosa de sus huertos abundantes, empapados en el milagro del agua que día y noche, desde hace siglos, surge en el mismo centro de la villa por numerosos chorros potentes e inagotables».

<sup>48</sup> J. A. Vázquez: «Artículos» (págs. 125-128).

Parece como si a este pueblo lo hubiese hecho esta fuente, alrededor de la cual «surgieron las viviendas de argamasa amasada con el agua misma... Y las casas, el suelo y la vegetación lograron al fin la armonía de una obra culminada hoy por la gracia alada de la torre de un templo dedicado al Espíritu Santo». Al pueblo se le denominó inicialmente La Fuente pero tras un encontronazo con el vecino municipio galaroceño, que Vázquez cuenta en el artículo, y solicitar la segregación adoptó el nombre de Fuenteheridos<sup>49</sup>.

El artículo «El valle de la novia» publicado el 5 de septiembre de 1930. Cuenta la tradición que Ysmail, hijo del rey moro de la Sierra, mientras buscaba de día y de noche «la amada de su ensueño, se desvaneció en el fondo del paisaje y desapareció para siempre en los mismos árboles».

Desde entonces el valle de Galaroza guarda «el secreto encanto de unos amores de misterio cuya felicidad durará tanto como duran la fragancia de las flores que tachonan las riberas de los arroyos». Sobre el valle fundó el rey «un pueblo para que residiese en él de un modo permanente el grupo de nobles a quienes confió el real deseo de buscar al príncipe para restituirlo al desolado castillo» de Aracena.

Los nobles decidieron no romper aquel encanto «para que no perdiese nunca su poesía el valle». Galaroza tiene «el privilegio, con sus artes de la madera, de dar a las novias serranas el ajuar para sus bodas, y con los peros de sus pereros pródigos el perfume para la ropa limpia que guarda en el arca la solera hacendosa con iguales afanes que guarda su virtud»<sup>50</sup>.

El último artículo que vamos a reseñar, que trata sobre la Sierra de Aracena, es el titulado «Puertomoral» publicado el 16 de septiembre de 1930. Antiguamente «los arrieros extremeños transportaban a lomo de sus machos lucientes y poderosos los trigos de las cálidas tierras de Fuentes, La Calera y Segura, destinados al pan cotidiano de los mineros de Riotinto, solían sestar bajo la ancha copa de un moral que mojaba sus raíces en el agua fecunda del arroyo de La Madrona, tomaban de los sacos rollizos unos puñados del rubio grano candeal y los lanzaban a voleo con los brazos vigorosos sobre el rojo tejado de la iglesia inmediata, cuyos

<sup>49</sup> J. A. Vázquez: «Artículos» (págs. 129-131).

<sup>50</sup> J. A. Vázquez: «Artículos» (págs. 133-135).

humildes muros, pardos como la tierra recién labrada, apenas si por el lado de la imfronte llevan el resplandor blanco de la cal andaluza». Se trataba de ofrecer a la Virgen de la Cabeza una prueba de gratitud por la «intercesión milagrosa del peligro de la insolación durante la penosa caminata a través de las tierras reseca y bajo un sol bermejo».

Sin embargo, en 1930, cuando Vázquez publicó el artículo ya no pasaban los arriegos para Riotinto por este camino. Por lo cual le faltaba «a la Virgen de la Cabeza le ofrenda del trigo de los arrieros y a los pajarillos del Puertomoral el abundante festín de los granos rubios»; pero pese a ello, «los pájaros, resolvieron anidar para siempre en los aleros para esperar allí a los trajinantes generosos, que alguna vez volverán»<sup>51</sup>.

El 12 de septiembre de 1930, José Andrés Vázquez publicó en *El Noticiero Sevillano* el artículo «Frente a las llamas de las quemas del monte» por el cual le concedieron el premio Mariano de Cavia; siendo publicado, en 1931, el libro «Fruto en sazón» en el cual se recopiló lo mejor que hasta entonces había escrito.

En 1934 publicó la obra «Guía de la Gruta de las Maravillas, Aracena y la Sierra», la cual reeditó en 1936. En esta obra Vázquez, en el prefacio, escribió unas líneas muy generales de la Historia de la comarca y afirma, en relación a la Gruta de las Maravillas, que está «considerada como la más bella y extensa entre las de su clase que existen en el mundo».

Un capítulo lo dedica a Aracena. Así, al hablar de los barrios antiguos, comentó, que «existen restos monumentales muy interesantes, entre ellos el palacio del Obispo Moya y el ajimez de la Boleta». Luego, al tratar del Castillo indicó que del mismo «se conserva un bellissimo alminar que sirve de torre de campanas al inmediato templo».

La Iglesia del Castillo «fue labrada para su servicio por la Orden del Temple que estableció aquí el priorato de Aracena, regido por don Pedro Vázquez, cuya estatua yacente, un magnífico ejemplar de barro vidriado», el cual se encuentra en el presbítero, en el lado del Evangelio y se atribuye, por unos, a Pedro Millán y, por otros, a Lorenzo de Mercadante.

---

<sup>51</sup> J. A. Vázquez: «Artículos» (págs. 137-138).



La iglesia, que es de estilo ojival, tiene casi cubierto el ábside primitivo por «una construcción barroca decadente labrada para dotar de camarín a la imagen de Nuestra Señora del Mayor Dolor, obra labrada en 1813 por el imaginero Juan Astorga, en substitución de la primitiva imagen destruída por un incendio». Dentro de la iglesia se ofrecían las imágenes de San Ginés y Santa Brígida, colocadas en los nichos laterales del altar del Sagrario y proceden de una ermita cuyas ruínas están en la cima de la montaña de San Ginés. Estas imágenes las adquirió en Flandes Arias Montano y las donó a la cofradía de los Hortelanos de Aracena. El retablo colocado en la capilla sepulcral situada bajo el coro en la nave de la Epístola, es del siglo XV.

La iglesia Prioral de la Asunción, en la Plaza Alta, antigua Plaza Mayor, comenzó a construirse en 1528 y, tras suspenderse las obras, fue utilizada como parroquia desde 1603. El retablo frontal del lado de la Epístola, fue hecho por Mateo Sánchez de Mora en 1671; el retablo del Sagrario, atribuído a Cayetano Acosta, es churrigueresco. En esta iglesia «recibe culto el Cristo de la Plaza imagen que debió pertenecer a una primitiva iglesia de Aracena», y que, según la leyenda, «lo labraron los ángeles en el espacio de una noche para remediar la falta en Aracena de un buen Crucificado». El retablo mayor es obra de Juan Remesal.

En la iglesia de Santa Catalina existen unas magníficas tablas talladas del final del siglo XV y «esta iglesia fue sinagoga hasta la expulsión de los judíos»<sup>52</sup>.

Un segundo capítulo lo dedica a la Gruta de las Maravillas de la cual dice que «la belleza de sus lagos, la amplitud fantástica de sus espacios y la colaboración prodigiosa de sus variadísimas formaciones de estalactitas y estalagmitas, constituyen un conjunto excepcional sin posible superación». La existencia de la Gruta debió ser conocida de antiguo por los vecinos pero tenían temor a explorarla. Si alguna persona se aventuró a entrar retrocedió enseguida «con la impresión de las blancas congelaciones calizas apenas entrevistas, que supuso nieve petrificada», de aquí «el nombre *Pozo de la Nieve* con que se conoce desde tiempos indeterminados, la calle donde se abría el difícil acceso». Sobre el lugar de la primitiva entrada se ha construído un edificio para acceder sin dificultad a la Gruta.

<sup>52</sup> J. A. Vázquez: «Guía...» (págs. 5-18).

A principios de siglo, «el pueblo invadía la Gruta y destruía sin escrúpulos lo que los siglos habían elaborado». En 1911, comenzaron los trabajos, dirigidos por el ingeniero Carvalhaes d'Almeida, para regular las visitas. En 1927, los obreros Juan González Contreras, José Brioso Vázquez, José Pérez Moya, José López Bermudez y Angel Santos, «se arriesgaron por huecos inexplorados y descubrieron toda la extensión que desde entonces admira el mundo».

Según el pueblo, la Gruta está encantada. «Todas las tardes pasaba, junto a la pequeña fuente que está en una hondonada umbría de las faldas del cerro, montada a mujeriegas sobre una borriquilla una linda molinera de quince años llamada Julianita, a la que su madre había recomendado que no pasase por allí porque solía aparecer un duende que perseguía a las muchachas para hacerles ofrenda de unos tesoros guardados en su Palacio de Nieve, e inmolar con engaños su virtud».

La niña desobedeció a la madre y, «al oscurecer de un día cuando regresaba del molino a su casa, salió el duende de la fuentecilla y se llevó a la moza a gozar de las aventuras del amor en el encanto misterioso del subterráneo alcázar. Allí encontró de todo para su recreo y bienestar; pero luego vino el hastío del que se apareció como duende y era nada menos que un príncipe. Sobre la cálida emoción de las ternuras de los enamorados, echó el desamor su helado aliento. Y todo el ámbito del palacio se llenó para siempre de nieve y carámbanos. Tanto hizo llorar el tornadizo príncipe a la infeliz moza burlada, que se formaron lagos de lágrimas en los cuales murió ahogado el desdeñoso duende por venganza de los gnomos compadecidos de la engañada Julianita. Al saber el trágico fin del ingrato, la niña encantada lloró mucho más por que a pesar de todo, le quería con amor apasionado. Y las lágrimas, aún siguen cuajándose en perlas que caen con ritmo musical sobre las aguas».

Luego en otro capítulo describe Vázquez el interior de la Gruta y habla del Salón de los Órganos, del Salón de los Brillantes, del pasadizo de la codorniz, del Salón del Gran Lago, del Coro, de las Mellizas, del Sepulcro del Príncipe, del Baño de Julianita, del lago de las Esmeraldas, del Salón de las Pieles Encantadas, del Salón del Espejo Mágico, del Salón de los Desnudos, de El Infierno, del Gran Comedor Fantástico y de la capilla del Corán<sup>53</sup>.

<sup>53</sup> J. A. Vázquez: «Guía...» (págs. 18-33).

Termina la Guía, con un capítulo dedicado a las excursiones por la sierra. Habla de Alájar y la Peña, de Almonaster la Real, de Cortegana, de Aroche, de Jabugo, de Fuenteheridos, de Galaroza, de Encinasola, de Cumbres Mayores, de Zufre y de Higuera de la Sierra dando unas muy breves indicaciones de cada pueblo<sup>54</sup>.

En 1935, José Andrés Vázquez publicó la novela «Títeres en la plaza» la cual está dedicada «A la memoria de mis muertos, cuyas cenizas reposan en la sierra y en el llano». La novela, de temática serrana, transcurre en la villa ficticia de Amapolas de Valle.

En 1955, publicó la obra teatral «Romero junto a la ermita (comedia de pueblo)». La acción se desarrolla en un pueblo imaginario de la Sierra, próximo a Sevilla. La obra, que nunca llegó a estrenarse, quedó «en el limbo de las buenas intenciones frustradas» y Vázquez decidió publicarla<sup>55</sup>.

Hemos dejado para el final el análisis de tres obras de José Andrés Vázquez sobre Benito Arias Montano. La primera, publicada en 1929, se titula «Vida, virtudes y trabajos de Arias Montano»; la segunda, publicada en 1943, se titula «Arias Montano. Rey de nuestros escriturarios»; y la tercera, publicada en 1949, se titula «Aria Montano».

El año 1927, se celebró el cuarto centenario del nacimiento de Benito Arias Montano; y por ello, los pueblos de Frenegal de la Sierra, Alájar y Aracena decidieron conmemorar dicho evento en la Peña de Arias Montano colocando un busto de bronce, obra del pintor frexnense Eugenio Hermoso. La ciudad de Sevilla estuvo ausente, inexplicablemente, de los actos.

Por ello, cuando el Comité Ejecutivo de la Exposición Ibero-Americana advirtió la injusticia que se cometió en aquella ocasión, acudió a repararla consagrando un lugar destacado a Arias Montano en el Palacio del Libro y mandó imprimir, unas breves páginas divulgadores, en 1929, tituladas «Vida, virtudes y trabajos de Arias Montano» redactadas por José Andrés Vázquez.

<sup>54</sup> J. A. Vázquez: «Guía...» (págs. 33-39).

<sup>55</sup> J. A. Vázquez: «Romero...» (págs. 15).

Antes se desconocía el pueblo donde nació Arias Montano, disputándose dicho honor las localidades de Frenegal de la Sierra, Fuentes del Maestre y El Castaño del Robledo. Sin embargo, hoy día se sabe que vió la luz en Frenegal de la Sierra, en una casa de la calle Ruiloscolcos, hoy de Arias Montano en 1527, desconociéndose el día exacto del alumbramiento.

Fueron sus padres el escribano Benito Arias y su madre Francisca Mimboça o Martín-Boza. El apellido Montano nunca había antes aparecido entre sus ascendientes por lo que con toda probabilidad fuese un remoque o mote aplicado al escribano para indicar que el mismo era oriundo de los *montes* de la serranía de Aracena.

La vinculación de Montoto con su comarca fue tal que «le consideró suyo toda la sierra de Aracena, donde buscaba el reposo necesario tras sus esforzados viajes y tareas fecundas»<sup>56</sup>. Bautizaron a Arias Montano en la iglesia parroquial de Santa Catalina y fue su padrino el oidor de la Real Audiencia de Sevilla, Gaspar Alcocer<sup>57</sup>.

La estrecha vinculación de Gaspar Alcocer con la familia de Arias Montano tenía su origen en que Benito Arias, natural de Aracena y padre de Arias Montano, fue oficial de la Auditoría de Gaspar Alcocer en Sevilla. Coral García Gimeno, esposa del oidor Gaspar Alcocer, enfermó gravemente y los médicos que la atendían le aconsejaron que se fuese a descansar a algún pueblo de la sierra de Aracena. El matrimonio se fue a vivir a el Castaño del Robledo, donde vivía Francisca Martín-Boza, novia de Benito Arias. Mejoró la salud de la enferma y Gaspar Alcocer decidió comprar una casa y tierras en ese lugar; y en señal de agradecimiento nombró escribano público de Frenegal de la Sierra a Benito Arias y apadrinó al matrimonio.

Pero la mejoría fue sólo transitoria puesto que Coral García Gimeno falleció y su esposo decidió enterrarla en la parroquia de la villa. Al volver a Sevilla, para trabajar, Gaspar Alcocer dejó su casa, tierras y panteón al cuidado de Miguel Muñiz y de su esposa, Trinidad Martín Boza<sup>58</sup>.

<sup>56</sup> José Andrés Vázquez: «Arias Montano El Hispalense» recopilado en la obra «Fruto en sazón» (págs. 195-198).

<sup>57</sup> José Andrés Vázquez: «Arias Montano. Rey de nuestros escriturarios» (pág. 16); se afirma que nació en la rua de los Calvos, antes del Pozo, donde vivían sus padres.

<sup>58</sup> J. A. Vázquez: «Arias Montano. Rey...» (págs. 11-18).

En 1537, Gaspar Alcocer viajó personalmente a Frenegal de la Sierra para llevar al pequeño Arias Montano a su casa del Castaño del Robledo y poder enseñarle la doctrina cristiana.

Así, en agosto de 1537, salieron de Frenegal de la Sierra Gaspar Alcocer y Benito Arias Montano y recorrieron por un camino «a lo largo de las ocho leguas de andar por andar por el solitario y áspero camino de herradura que va al corazón de la Sierra por Higuera la Real, Cumbres de San Bartolomé, El Molino, La Nava, Las Chinas y Galaroza, con travesía por puentes o vados del Sillo, el Múrtiga y otros cauces mayores y menores que llenaban de jugos y rumores las hondonadas y de fresco verdor de chopos la adustez cenicienta de los encinares». Arias Montano iba muy ilusionado. Los presbíteros de Frenegal de la Sierra, Jacobo Vázquez Matamoros y Sánchez del Busto le habían hablado del firmamento y sus leyes, de sus viajes a Tierra Santa, de la Peña de los Angeles y del Castaño del Robledo.

Así, nada más llegar a la casa de Gaspar Alcocer convenció a éste a que le llevase a la Peña de los Angeles. Recorrieron juntos un «caminillo, pedregoso, estrecho, ondulado, que sube, baja y se retuerce para ceñirse al contorno de las laderas de la altísima Sierra del Castaño, va por la Solana, la Cuesta de Valleperal y el Puerto de Alcarabocinos, hasta la misma Peña... Pasa enfrente de la ermita, baja al pueblo de Alájar, que se extiende al píc, y sigue cuesta arriba hasta remontar el Puerto de los Veladores, para seguir hasta Aracena después de bajar a Linares de la Sierra y volver a subir a todo lo largo de la Molinilla...».

Al llegar a la Peña vieron que «se trata de una fundación hecha en lo antiguo por un monje llamado Víctor, santificado ya, a quien se le apareció Nuestra Señora» en la misma forma que se representa en el altar de la ermita. En esa peña, pudieron comprobar la existencia de unas flores, que sólo se dan en ese lugar de la Sierra, que los lugareños denominan *flores de la Virgen* y que buscan para remediar dolencias.

Antiguamente, en tiempo indeterminado, la Virgen se le apareció a Víctor, un pastor que llevaba a su rebaño a pastar a ese lugar. Al sentarse en medio de un gran risco vió una muñeca que tenía un niño en sus brazos, la hechó al zurrón y cuando pretendió sacarla para enseñarla a los otros pastores se sorprendió de que no estuviese.

Al día siguiente volvió al lugar encontrando a la muñeca y volvió a repetirse el mismo fenómeno.

Al tercer día, cuando la encontró de nuevo, la cogió y «la cosió por la nariz al cuero de la mochila y atacó los huesos con las frutas que los árboles de las huertas» tenían, pensando que si la muñeca se marchaba por tener hambre ahora no se iría al tener comida; pero cuando intentó mostrarla se encontró con que había desaparecido de nuevo.

Al cuarto día, Victor la encontró en el mismo sitio una vez más «tenía en la narizilla los agujeros de la puntada y en el antebrazo derecho una de las brevas del zurrón». Se entabló una conversación entre el pastor y la virgen y Victor decidió construir en dicho lugar una ermita.

Gaspar Alcocer también llevó a Arias Montano al monte de San Ginés, próximo a Aracena, en donde hay una ermita dedicada a San Ginés y a Santa Brígida, abogados ambos contra el pulgón de las viñas. Allí estaba cuidando la ermita el padre Isidoro, el más venerable y sabio de cuantos monjes cuidaban de las numerosas ermitas serranas<sup>59</sup>.

Gaspar Alcocer había oído decir al padre de Arias Montano que éste leía perfectamente los legados y escrituras notariales pese a su corta edad; pero tuvo ocasión de advertir personalmente «las luces excepcionales que iluminaban la privilegiada inteligencia del pequeño Benito», y llevó al pequeño a Aracena, acompañado ambos por el padre Isidoro, a casa de Pedro Mexía, cronista de Carlos V, quien allí pasaba «temporadas en su casa de Aracena para reponer los quebrantos de su endeble salud», para que lo examinase.

Por aquel tiempo, «las casas de Aracena apenas si comenzaban a bajar a las cañadas desde el conglomerado urbano apretado en torno al castillo que las defendía del frecuente peligro bélico. Un convento de frailes dominicos, unos álamos y unas breves viviendas se habían atrevido a bajar por el lado de la pasada de Valdehelechos; otro convento de carmelitas estaba ya arrimado a los mesones del lado allá del valle partido por un bosquecillo de robles que le hacían sombras al arroyuelo que venía del Cabezo; pero

<sup>59</sup> J. A. Vázquez: «Arias Montano. Rey...» (págs. 19-39).

era por el lado de Poniente, por buscar el agua de la pródiga fuente moruna, por donde el pueblo llevaba más prisa de estirarse con el favor del Señor San Pedro, a quien los dueños de las curtidurías de aquella parte le habían levantado una ermita, recia como un fuerte, por si acaso había que utilizarla como defensa».

Tras comprobar Pedro Mexía la insólita inteligencia de Arias Montano lo tomó como discípulo y lo llevó a Sevilla, a mediados de octubre de 1539, para que estudiase, hospedándose en la casa de Gaspar Alcocer, pero al poco tiempo falleció su padrino y al no poder costearle su familia la estancia en Sevilla se vió obligado a regresar a Frenegal de la Sierra.

Pero ocurrió que por entonces fue a Frenegal de la Sierra el provisor de la diócesis de Badajoz, Cristobal Valdotano, quien al conocer a Benito Arias Montano le llevó, para estudiar, a Sevilla y a Alcalá de Henares, Sagrada Teología con el doctor Andrés de la Cuesta y Medicina con Pedro de Mena entre otras materias.

Allí recibió la ayuda del canónigo, Pedro Serrano. En 1552, Montano compuso una «Retórica»; y la Universidad de Alcalá de Henares le otorgó la primera corona de laurel a un poeta, siendo el acto de la coronación una fiesta muy solemne y estando presidida por el Canciller don Luis de la Cadena<sup>60</sup>.

Concluído sus estudios, Arias Montano volvió a su tierra. «Al retirarse a Frenegal era fama que conocía con toda perfección, además de las bien sabidas disciplinas doctorales, latín, griego, árabe, siríaco, hebreo, flamenco, italiano, francés, alemán y portugués. Todas estas lenguas, vivas o muertas, con todos sus dialectos y variantes».

Luego Montano se trasladó a la ermita de Ntra. Sra. de los Angeles, ya que pretendía restablecer el culto en la misma ayudado por el padre Isidoro. Allí pasó cuatro años, trabajando, todos los días, salvo el Domingo que lo dedicaba a hacer poesías, en el estudio de las Sagradas Escrituras.

Sin embargo, detrás de él andaban el médico Francisco de Arce, de

---

<sup>60</sup> J. A. Vázquez: «Arias Montano. Rey...» (págs. 40-59); y J. A. Vázquez: «Arias Montano El Hispalense» (pág. 200).

Llerena; el cancelario de la Universidad Complutense, Luis de Cadena; los familiares de Alcocer; y el prior del convento de la Orden de Santiago de los Caballeros. Pero Montano no quería abandonar la Peña ni los estudios escriturarios sin perjudicar el metódico desarrollo de su trabajo sistematizado.

Tan sólo consintió salir, en una ocasión, para predicar la Cuaresma en Llerena, a instancias del cirujano Francisco de Arce «donde se quedó cuatro meses más para aprender Medicina y Cirugía del propio Arce, muy reputado profesor de estas ciencias»<sup>61</sup>.

En 1559, a fines del verano, marchó Montano al convento de San Marcos de León, establecimiento principal de los santiaguistas, para tomar el hábito de la Orden y tras haber realizado las pruebas en Frenegal y Aracena. Le acompañaron los vicarios de Tentudía, que era el notario de la Orden; y de Mérida, que ostentaba el cargo de portero nato. El noviciado fue breve, tres meses, y se le ordenó presbítero.

Pasado un tiempo pidió volver a la Peña para estudiar y obtuvo la licencia del superior del convento de San Marcos, pero de nuevo marcha a León en 1562<sup>62</sup>.

Para la tercera sesión del concilio de Trento, Felipe II designó como representante de España al obispo Fray Martín Pérez de Ayala, de la Orden de Santiago, y éste propuso «la conveniencia de hacerse acompañar por el joven religioso santiaguista, Benito Arias Montano». El padre prior lo mandó ya que «la orden sabía todo lo que podía dar de sí, en auxilio de Pérez de Ayala, el familiar que le acompañaba, docto en exégesis de las Sagradas Escrituras y dueño de los secretos de la filología, arqueología, música, dibujo, cirugía, geografía política, derecho, epigrafía, folklore, y aun otras disciplinas».

Montano, cada vez que se le consulta en las sesiones del concilio, da una «solución segura, detallada, razonada, rápida»; esclareciendo todos

<sup>61</sup> J. A. Vázquez: «Arias Montano. Rey...» (págs. 59-67); y J. A. Vázquez: «Arias Montano El Hispalense» (pág. 200-201).

<sup>62</sup> J. A. Vázquez: «Arias Montano. Rey...» (págs. 68-70); y J. A. Vázquez: «Arias Montano El Hispalense» (pág. 201).



los asuntos, aumentando la admiración general, nada se resuelve sin escuchar antes la opinión de Montano. Conocía perfectamente «las Constituciones pontificias, las decretales y sentencias de los Santos Padres, los Cánones apostólicos, las Declaraciones sinodales, las disposiciones de los diferentes Concilios anteriores, las Colecciones canónicas españolas, francesas, africanas, angloirlandesas, alemanas y las llamadas de Graciano».

El concilio concluyó en diciembre de 1563 llegando a la conclusión de que el derecho de la Iglesia proviene de Dios y sus fuentes se encuentran en la Biblia. En el mismo, destacaron los españoles Fray Bartolomé de los Mártires, Pedro Guerrero, Pacheco, Martín de Ayala, Diego de Alava, Domingo y Pedro de Soto, Carranza, Vega, Castro, Carvajal, Láinez, Salmerón, Villalpando, Covarrubias, Menchaca, Fontidueñas y Arias Montano<sup>63</sup>.

Tras volver a León, solicitó regresar a la Peña y encontrándose en ella le sorprende, en 1566, Felipe II nombrándole su capellán y confesor. El rey lo quiere tener a su lado y Montano marcha a la Corte y se instala en las Navas del Marqués, cerca del monarca.

Por entonces, Felipe II estaba construyendo el Monasterio del Escorial y, a instancias de Montano, mandó a Jácome a la Sierra de Aracena para recoger piedras para emplearlas en la construcción.

En 1567, el impresor de Antuwerpia (Amberes), Cristóbal Plantín, propuso a Felipe II la reimpresión de la Biblia Políglota de Cisneros. El rey trasladó la propuesta al Consejo de la Inquisición y se designó a Arias Montano para que dirigiese la impresión.

Montano fue mandado a Amberes y al no poder ir por Francia, tardó dos meses en llegar tras pasar por Irlanda. Inglaterra llegando a Escalda.

En marzo de 1572, la Biblia está terminada, tras un impropio esfuerzo, constando la edición de cien mil ejemplares, «editada en ocho tomos y formato de gran folio, con el texto en quince lenguas y la composición tipográfica más perfecta».

<sup>63</sup> J. A. Vázquez: «Arias Montano. Rey...» (págs. 72-85); y J. A. Vázquez: «Arias Montano El Hispalense» (pàg. 205-206).

En mayo de 1572 se intenta conseguir el Nihil Obstat pontificio del papa Gregorio XIII para la Biblia. Marchó Montano a Roma para aclarar los reparos que se hacían a la obra sobre la marcha. Al terminar pretendió permanecer en Italia dos años sin conseguirlo y el rey lo mandó de nuevo a Flandes viajando por Alemania, Austria e Italia. De Roma se embarcó hacia Barcelona, fue a Madrid y solicitó al rey ir a Sevilla y recluirse en la Peña<sup>64</sup>.

En la primavera de 1576 llegó Montano a la Peña. En agosto de ese año se celebró en el Monasterio de Guadalupe una entrevista entre Felipe II y el rey portugués don Sebastián.

El monarca sintió curiosidad por conocer el retiro de Arias Montano y decidió encaminarse, «con su secretario y otros magnates, seguido de la brillante caravana del séquito. Caballos, lanzas y arcabuces cruzan en tropel vistoso los vericuetos solitarios y las villas dormidas. El Rey va de incógnito, con el pretexto curioso de conocer el sitio escondido que obsesiona a su consejero y capellán».

El rey mandó emisarios a Benito Arias Montano y al saber éste que el rey venía a la sierra de Aracena dió orden a los mesones del Carmen para que preparasen lo necesario para la gente de escolta y sus caballos. El aparejador, Marcos Pérez, natural de Galaroza, quiso terminar las obras de la iglesia Mayor y mientras disponía el cierre de un arco «de manera que se pudiese colocar la clave en presencia del Rey» se cayó matándose. Enterado Felipe II del homenaje frustrado, que pretendían hacerle los alarifes, decidió colocar en persona una cruz conmemorativa del accidente en el costado septentrional de la iglesia.

El monarca durmió en la villa de Aracena y luego fue, al día siguiente, a la Peña donde permaneció todo el día, volviéndose a Aracena y durmiendo en ella.

El rey salió de Aracena por la Puerta de la Plaza y el pueblo le pidió al rey acelerar las ejecuciones de las parroquias de San Marcos, de Alájar; de

<sup>64</sup> J. A. Vázquez: «Arias Montano. Rey...» (págs. 87-133); y J. A. Vázquez: «Arias Montano El Hispalense» (pág. 206-209).

San Juan, de Linares de la Sierra; de la Concepción, de Galaroza; y de Santiago Apostol, del Castaño del Robledo que no llegó a terminarse<sup>65</sup>.

En otoño de 1580, marchó a El Escorial para continuar la labor del Catálogo que terminó con la relación de las obras que debían de adquirirse para la Biblioteca.

En 1584, dimitió de capellán real y marchó a Sevilla en invierno donde inicialmente se instaló en el convento de Santiago de la Espada; pero se retiraba a descansar a la finca del Campo de las flores, en el camino viejo de Carmona, durante el invierno. Mientras que el resto del año Montano vivía en la Peña acompañadp por los clérigos Ruano y Cristóbal Cid Matorros y el pintor Pedro Villegas Marmolejo<sup>66</sup>.

Por aquel tiempo, Benito Arias Montano ideó la fundación de una cátedra de gramática latina. En la sección quinta del concilio de Trento se trató de las normas para la lección y enseñanza de las Sagradas Escrituras. Se dispuso «que las iglesias cuyas rentas anuales fuesen cortas o donde el clero y el pueblo sean tan pequeños que no pueda haber cómodamente en ellas cátedra de Teología, tengan a lo menos un maestro, elegido por el obispo con acuerdo del Cabildo, que enseñe de balde la gramática a los clérigos y estudiantes pobres para que puedan, mediante Dios, pasar al estudio de la Biblia».

Montano midió sus posibilidades económicas, incluida la herencia del vicario de Aracena, Diego González de la Ossa y eligió a Aracena para fundar una cátedra.

Su escritura fundacional está firmada el 7 de julio de 1597, ante el escribano público de Sevilla, Miguel Antonio Alfaro. Todo lo necesario se especifica y consigna en el documento. El catedrático será tanto más digno de honor y premio cuantas más disciplinas para enseñar sepa bien sabidas con suficiencia, pero, ante todo, debería conocer el latín y el griego.

La elección del catedrático la haría el Cabildo secular de Aracena y el

<sup>65</sup> J. A. Vázquez: «Arias Montano. Rey...» (págs. 183-187).

<sup>66</sup> J. A. Vázquez: «Arias Montano. Rey...» (págs. 195-201).

examen, aprobación y título quedaban adscritos al arzobispo de Sevilla. También se estipulaba que ningún estudiante del pueblo pagaría, mientras que los de fuera pagarían por meses al catedrático una cantidad moderada.

Los edictos para anunciar la provisión de la cátedra se publicarían en las Universidades de Salamanca, Alcalá de Henares, Sevilla y Osuna, así como en las poblaciones de Córdoba, Llerena, Frenegal de la Sierra, Zafra, Mérida y Badajoz. Los bienes fundacionales de la cátedra consistían en una casa para vivienda del catedrático, un molino de pan en la ribera del Gargallón en Higuera de la Sierra, una huerta en el término de Frenegal de la Sierra, una posesión en Frenegal, unos censos en Linares de la Sierra, Valdelarco y Frenegal. La administración de la cátedra la tenían los cartujos de Santa María de las Cuevas de Sevilla con los cuales Montano estaba muy vinculado.

La cátedra comenzó a funcionar en tiempos de Arias Montano en la calle del Valle, luego denominada de los Estudios y posteriormente de Arias Montano<sup>67</sup>.

En 1598, Arias Montano decidió retirarse a la Cartuja de Santa María de las Cuevas en Sevilla, y para ello le habían destinado la celda de las Hostias. En julio, encontrándose en la Cartuja se indispuso y pidió que le llevaran a su casa del Campo de Flores. El 28 de junio de 1598 otorgó testamento que se lo entregó, en pliego cerrado, al prior de la Cartuja de Santa María de las Cuevas, Fray Cristóbal Calvo.

Al empeorar, Diego Núñez lo trasladó a su domicilio, en la collación de la Magdalena, para poder cuidarlo mejor. Pero todo fue inútil, Arias Montano falleció el día 6 de julio de 1598, a las tres y media de la madrugada<sup>68</sup>.

Estos son algunos datos, entresacados de la importante obra literaria de José Andrés Vázquez, en los que se refleja la historia, costumbres, leyenda y arte de la sierra de Aracena.

Sevilla a veintidos de marzo de mil novecientos noventa y ocho.

<sup>67</sup> J. A. Vázquez: «Arias Montano. Rey...» (págs. 202-210).

<sup>68</sup> J. A. Vázquez: «Arias Montano. Rey...» (págs. 214-221).